

Perdida en el cosmos

Grizzly

LES
editorial

Primera edición: noviembre de 2019

© Grizzly, 2019

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2019

© Mari Jose Molina (@watermarycolors), ilustración portada, 2019

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-06-3

Depósito legal: MU 983-2019

IBIC: FA

Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

⚠ Advertencia de contenido: se habla de suicidio y depresión.

A todas las personas cuya tristeza es su mejor amiga.

Sequoia Falls: Pequeño pueblo ficticio, ubicado al extremo norte del Estado de Washington en Estados Unidos, colindando con Canadá. Sus sectores económicos más importantes son la agricultura y la ganadería. Los mercados de agricultores y las actividades ecuestres son la principal atracción turística, al igual que sus montañas y bosques frondosos de secuoyas y coníferas. Y, por supuesto, sus cascadas y sus ríos caudalosos e interminables.

I

Elixir de los sueños

—¡HOLLY BLUE! —exclamó Carmen saliendo al patio por la puerta de la cocina. La que estaba justo frente al invernadero donde tenían el huerto.

Holly se había quedado a mitad de camino, intentando deshacerse lo más posible de la tierra que tenía en los pantalones y las botas. Había estado trabajando toda la mañana en el campo de calabazas, cosechando las bayas anaranjadas para venderlas en Halloween a los ciudadanos de Seattle y alrededores que, desde principios de octubre, se acercaban a Sequoia Falls para llevarlas en números desmedidos.

Nunca habían averiguado el porqué, pero era como si el terreno del rancho donde se plantaban anualmente cientos de calabazas estuviese bendito. Todos los años, sin excepción, crecían unos frutos gigantes y de color brillante que provocaban la envidia de los vecinos. Era insólito que, estando tan al norte, la fruta se diera de forma tan abundante durante el verano, la primavera y el otoño. Mario, el encargado del campo, decía que era porque «habían sido plantadas con amor».

—Arar la tierra no es solamente arar la tierra, Holly —le decía los últimos días de mayo, cuando lanzaban las semillas en los

surcos que él y otros trabajadores habían abierto con el tractor hacía días—. La tierra necesita amor. Ella nos provee todas estas cosas maravillosas, pero nosotros tenemos que devolverle amor. Si no le diéramos amor, nos sucedería lo que a la señora Anne. Tendríamos un campo lleno de frutos inservibles. Estaría todo plagado de buitres.

—Los buitres son carroñeros —le recordaba Holly.

—Bueno, otros seres vivos con hambre de calabazas. Sabes que no soy ornitólogo, Holly.

Carmen, la incondicional amiga de la abuela Davina Clements y la encargada de cocinar todos los días, la detuvo cuando había llegado a la puerta de entrada a la cocina.

—He estado llamándote hace rato, ¿por qué no me haces caso?

—No quería ensuciar la casa, mira cómo estoy.

—Sí. No vas a entrar con esas botas a la casa —le advirtió, echándole una mirada a sus pies.

Así que Holly se sentó en el pequeño banco de madera que había afuera, bajo el pórtico, y se quitó los zapatos.

—Holly, ve a bañarte. —La abuela Davina había aparecido de repente allí, como un fantasma—. Mi nieta estará aquí en cualquier momento y quiero que almorcemos todos juntos.

—Voy a sacar a Einstein en la tarde si le parece bien —avisó Holly mientras terminaba de sacudirse la tierra de la ropa, aunque la de su rostro continuaba delatando su trabajo previo.

—Pensé que podrías mostrarle el rancho a mi nieta en la tarde. —La abuela pasó una mano afectuosamente por su cabello castaño—. ¿Podrías dejar el paseo para mañana?

Holly asintió de inmediato. No podía negarse a una petición así. No porque la abuela fuese una señora autoritaria o porque la obligara a hacer cosas que no quería. En realidad era todo lo contrario. Holly le debía mucho como para negarle un favor. Le debía todas esas cosas que había hecho por ella durante toda su vida y que jamás le había cobrado. Le debía el favor de haberle dado un trabajo en el rancho. Le debía el dejarla vivir en su casa.

El darle comida todos los días, entre otros cientos de cosas que llenaban una lista interminable.

Nunca hablaban sobre esas cosas, porque la abuela se molestaba si Holly intentaba pagar algo, pero, de todas formas, Holly sentía que estaba en deuda infinita con ella.

—No te pongas a hablar tonterías, Holly Blue Henson —le decía la abuela cuando ella intentaba agradecerle o pagar por alguna cosa.

—Pero es que...

—Me haces sentir mal. —Entonces no la dejaba continuar hablando.

Iba a agregar algo más a la conversación, pero el ruido de un automóvil acercándose a la casona la desconcentró. Seguramente era el taxi que traía a la nuera y a la nieta de la abuela a casa.

—Están aquí —anunció la abuela, haciendo una seña hacia afuera. Unos segundos más tarde, desapareció de la cocina.

Esa era una de las cosas que a Holly más le agradaban de la abuela Davina. Siempre era tan entusiasta. Incluso cuando se trataba de cosas pequeñas, como las flores y las primeras cosechas de la primavera.

Se le daba tan bien estar feliz.

A veces Holly se sentía un poco celosa.

Holly hizo una mueca, al mismo tiempo que intentaba ordenar su cabello un poco. Sabía que la abuela la presentaría a su familia así, tal y como estaba; toda sucia, hecha un desastre.

Hacía mucho que Holly no veía al resto de la familia Clements. La última vez que sus caminos se habían cruzado había sido hacía menos de un año, después del funeral de Leo Clements. No habían compartido más que un saludo cordial y un «siento lo de su esposo/padre».

Leo, el hijo de la abuela Davina, solía vivir en Nueva York junto a su esposa, una renombrada neurocirujana de Manhattan, y su única hija, Lark, y siempre estaban demasiado ocupados como para visitar a la abuela en Sequoia Falls. A veces Leo se aparecía por la casa, Holly sospechaba que para compensar la

culpa de jamás visitar a su madre. Sin embargo, no se quedaba más de dos días. Holly lo entendía. Era un hombre ocupado y la distancia entre Sequoia Falls y Manhattan era bastante grande. Estaban casi en las costas opuestas del país.

Holly no recordaba bien a la nieta ni a la nuera de la abuela, excepto por las fotografías. La última vez que habían convivido por más de unas horas había sido cuando a Holly apenas le estaban apareciendo los dientes definitivos y Lark tenía unas mejillas rosadas y regordetas. Cuando la familia de Leo se quedaba semanas completas en el rancho. En esa época donde los padres de ambas estaban vivos.

En esa época, Lark tenía un brillo especial en sus ojos azules. Brillo que Holly no alcanzó a divisar cuando la abuela las presentó en la sala de la casona.

La abuela a veces le contaba historias de cuando ambas estaban pequeñas y jugaban en el patio de la casa o se ensuciaban las manos y la cara comiendo las fresas del huerto. Holly asumía que, en ese tiempo, no tenía más de tres o cuatro años, porque los recuerdos tan solo eran unas imágenes borrosas e inciertas.

Recordaba haberse subido a un árbol una vez. Ella era experta en escalarlos, pero Lark era una niña de ciudad. Apenas podía correr entre las malezas y, ciertamente, los árboles no eran su fuerte. Recordaba cómo Lark había terminado llorando en el piso, después de que una de las ramas se quebrara y la dejara caer de bruces sobre su estómago. Recordaba haberse puesto tan nerviosa que había comenzado a llorar también.

Era uno de los pocos recuerdos claros que tenía.

De vuelta en la casa, Holly era tan perceptiva y observadora que pudo notar sin esfuerzos que esta Lark parecía triste, aunque intentaba mantener una sonrisa afable en sus labios.

—Recuerdan a mi querida Holly Blue, ¿verdad? Mi hija de otra madre —dijo la abuela, pasando un brazo alrededor de la muchacha para abrazarla por el costado.

—Por supuesto que la recordamos —respondió Lily, la nuera—. Cómo has crecido, Holly.

Holly se fijó en que Lark traía zapatillas nuevas, un suéter demasiado sofisticado y las puntas de su cabello castaño teñido de un color parecido a la lavanda. No se parecía a la Lark que se había caído del árbol.

Se preguntó si Lark se acordaba de ella.

De repente se sintió cohibida. Ella llevaba puesta una camiseta marrón, los pantalones sucios con tierra del campo de calabazas, una camisa de cuadros atada a la cintura y calcetines, porque se había quitado las botas de goma en el patio. No había que mirar demasiado para darse cuenta de que eran la perfecta representación de un rancho y la ciudad.

Lark parecía cansada. Tenía ojeras bajo sus ojos claros y tristeza en la comisura de los labios. Holly había visto a muchas personas portar aquel rostro, sobre todo a los que venían de la ciudad.

Lily comenzó a preguntarle a Holly sobre la universidad, el futuro, y qué esperaba de él. Las típicas preguntas que le hacía la gente que no la conocía bien. Pero Holly, como nunca, porque generalmente era muy locuaz, estaba desconcentrada con sus pensamientos y contestó con respuestas poco elaboradas. Se había quedado pendiente de Lark y su expresión de estar sufriendo en silencio.

Le habría gustado preguntar si estaba bien, pero, como su padre le había enseñado, prefirió mantener un perfil bajo.

Durante lo que se alargó el almuerzo, la abuela Davina, Carmen y Lily hablaron animadas sobre recuerdos en el rancho y el trabajo que se hacía diariamente allí.

La abuela contó, por enésima vez, aquella historia sobre el oso que una vez apareció cerca de los establos y cómo su difunto esposo había tenido que espantarlo con el sonido de su rifle. Holly la había escuchado tantas veces que ya hasta se había aprendido de memoria las palabras exactas de la abuela.

—¡Era un oso de casi tres metros, no te miento! —decía, alzando los brazos, como para imitar la altura del animal.

A Holly le hacía gracia, porque, cada vez que la abuela contaba la historia, le agregaba unos centímetros más.

Las tres mujeres mayores parecían genuinamente felices por el reencuentro, pero Holly, aunque pendiente de la charla, estaba un poco embobada con Lark y ese semblante de inmensa tristeza que la cubría como una capa. La observó comer —apenas un poquito— en silencio y mantener la mirada fija en el plato mientras movía la comida de un lado para otro de forma distraída.

Holly se imaginó que en cualquier momento la vería derramando lágrimas.

—Lark —le habló en voz baja, aprovechando que se encontraban sentadas una enfrente de la otra—. ¿Quieres que le diga a Carmen que caliente tu comida? —le preguntó, clavando la mirada en el plato casi intacto.

Lark pareció dudar un momento, pero terminó negando con la cabeza.

—Gracias, Holly Blue, pero...

—Holly —la corrigió—, solo Holly, por favor.

—Holly. —Lark sonrió de forma sutil—. No, gracias, en realidad no tengo hambre.

—¿Quieres que te traiga el postre? Tenemos fresas y Carmen hizo flan de vainilla con caramelo.

Lark volvió a negar.

—Lo comeré más tarde.

Holly se encogió de hombros.

Quizás estaba equivocada, pero había algo en su ser que no soportaba ver a las personas tristes, aunque las conociera muy poco como a Lark. Su padre solía decirle muy seguido que había sido bendecida con una inmensa empatía, tan grande que alcanzaba para todo el mundo.

Para Holly era tan fácil el «yo siento lo que tú sientes».

Después de una sobremesa de casi una hora, Holly se fue a la cocina para ayudar a Carmen a lavar los platos sucios. Esa no era una de sus obligaciones, pero nunca le habían molestado las tareas domésticas. De hecho, había algunas que hasta disfrutaba. Excepto la de hacer las camas. Esa nunca le había agradado.

No encontró a Carmen allí, pero sí a la abuela Davina y a la madre de Lark.

Holly asumió que estaban discutiendo sobre algún tema importante, porque las miradas de preocupación en sus rostros no les ayudaban a esconder lo que fuese que estaban hablando. Holly no quería interrumpir, así que simplemente se quedó detrás de la puerta, esperando a que terminaran para hacer su entrada.

No era su intención escuchar aquello, en serio, pero llegó a sus oídos sin querer y, aunque estaba fuera de contexto, no era difícil suponer a quién se referían.

—Ha estado comiendo muy poco últimamente —dijo Lily con cierta congoja—. También he notado que duerme mal, así que no te asustes si la ves paseándose por la casa en la madrugada.

—¿No le dieron remedios para el insomnio? —preguntó la abuela.

—Sí, pero los escondí cuando descubrí que estaba tomando más de lo que debía. Se la pasaba durmiendo todo el día y no quiero que se vuelva dependiente. O que los use para alguna tontería.

A Holly no le costó comprender cuáles eran esas «tonterías» de las que hablaba Lily.

—Esas porquerías son peligrosas.

—Le dejé los psicotrópicos, pero solo el frasco que tenía abierto, los demás también los escondí —continuó informando Lily—. Espero que estando aquí no los necesite.

—No te preocupes, Lily, aquí nos vamos a encargar de que no los necesite.

—Espero que el cambio de aire le haga bien. Además, tú siempre fuiste muy buena para subirle el ánimo a las personas. —Lily sonrió, pero la mueca se borró segundos después—.

Por favor, no la trates como si estuviese enferma, ¿está bien? Eso solo lo empeora. Dale tareas, mándala a, no lo sé, limpiar establos, a hacer cosas. No dejes que se quede en su habitación todo el día.

—Haré lo mejor que pueda.

—Y gracias por darme una mano con esto. Ya no sé qué hacer con ella, ¿sabes? Sin Leo... ha sido tan difícil —dijo y se le quebró la voz al final.

Leo, recordó Holly.

Ni siquiera se imaginaba lo que se sentía perder a un amor.

La abuela se acercó para abrazar a Lily con un cariño evidente, como si se tratase de su propia hija.

Holly estaba muy atenta escuchando por si agregaban más información. Y no es que fuese chismosa, pero es que de verdad quería saber qué sucedía con la nieta de la abuela. Así que se acercó incluso más a la puerta, pero alguien le dio un golpecito en la nuca.

—¿No te dijeron que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas detrás de las puertas? —le dijo Carmen, que traía los brazos ocupados con las cosas sucias del almuerzo.

—Pfff... No estaba escuchando —mintió Holly. Nunca había aprendido a mentir.

—Ah, claro que no —la contradijo con sarcasmo—. Mejor ve por las cosas que quedan en la mesa.

Holly hizo una mueca de resignación y obedeció a las palabras de Carmen. Le habría gustado escuchar más, le habría gustado preguntar si Lark estaba enferma o si podía ayudarla de alguna forma, pero, como su padre le había inculcado desde pequeña, prefirió no meterse en el tema. Ya lo averiguaría luego. Por sus propios medios.

Cuando eran cerca de las cinco de la tarde, Holly ya le había dado a Lark un pequeño *tour* por las habitaciones de la casa. Le había mostrado la que le pertenecería a ella, la de la abuela, la

de Carmen. Y, cuando llegaron a la que le correspondía usar a Lark, fue la primera vez que Holly la vio sonreír.

La habitación, ubicada en el segundo piso, era amplia y espaciosa. Tenía una gran ventana al lado de la cama y un baño propio. Sin embargo, lo que más le gustó a Lark, y la razón de su sonrisa, fue la preciosa vista que le ofrecía el ventanal. Le mostraba el paisaje de un bosque repleto de enormes coníferas y un lago cuyas aguas eran la mezcla perfecta entre el color verde y el azul. Más atrás se divisaban las montañas que rodeaban el pueblo y las nubes que advertían de una lluvia venidera.

—Cuando quieras podemos ir a dar un paseo al lago —le ofreció Holly—. Hay que caminar un poco, pero vale la pena.

—Me encantaría ir al lago —comentó Lark mientras se sentaba en la cama para comenzar a sacar una pila de libros de una de sus maletas.

Sacó alrededor de diez. Todos de distintos tamaños y ediciones. Algunos estaban viejos, otros más nuevos y había uno al que le faltaba la tapa. Hubo una portada que llamó la atención de Holly y le fue inevitable acercarse a la cama para mirar el título de la obra.

—¿Te gusta J. D. Salinger? —preguntó, tomando el antiguo libro en sus manos—. Fue muy controversial por culpa de algunos de sus libros.

—Ese me ha gustado mucho. —Apuntó hacia el que Holly tenía sujeto—. Tengo este otro de Salinger. Me hicieron leerlo en el instituto y lo he repetido varias veces.

Entonces sacó de la maleta un tomo de *El guardián entre el centeno* y lo dejó sobre el edredón de la cama. Holly abrió unos ojos enormes.

—Me gusta mucho este libro, a pesar de todo lo que dijeron sobre él en su época —comentó—. Creo que es de las historias más honestas que he leído.

Lark asintió.

—El protagonista me da mucha tristeza a lo largo de todo el libro —continuó.

—Lo sé, aunque pienso que a veces era un idiota. Le costaba recibir críticas. Y se las merecía.

—Creo que tenía sus razones. Ser adolescente era una —agregó Holly, esbozando una sonrisa que le ponía los ojos en forma de medialuna—. Todos fuimos un poco idiotas de adolescentes.

—¿Fuimos? —Lark alzó las cejas—. ¿Cuántos años tienes? ¿Ochenta?

—Cumplí veinte en julio.

—Apenas los representas.

Aquel comentario le hizo colorar las mejillas.

Vaya, qué fácil era ruborizar a Holly. Lo divertido era que ella no sabía disimularlo y su única arma de defensa era cambiar de tema, evidenciando aún más la vergüenza.

Holly miró hacia otro lugar.

—¿Quieres ir a ver los establos? Tengo que darle de comer a los caballos —la invitó.

—La verdad, estoy cansada, creo que me quedaré a leer un rato —respondió Lark.

Holly quería mostrarle el resto del rancho, presentarle a sus amigos equinos y llevarla al campo de calabazas, pero comprendió su decisión y no se molestó en insistir. De inmediato se le vinieron a la cabeza las palabras de la madre de Lark y de la abuela. No quería especular, pero sospechaba que algo malo le pasaba a esta muchacha de bonitos ojos azules.

Holly no podía dormir. Era la primera vez en mucho tiempo que le costaba conciliar el sueño, mas sabía bien la razón de aquel repentino insomnio. Todo el asunto de Lark continuaba dando vueltas en su mente, sobre todo la parte en la que su madre había mencionado que le costaba dormir. Tenía ganas de ir a recorrer la casa a ver si se la encontraba despierta por ahí. Y no sabía por qué le preocupaba tanto, si apenas la estaba conociendo realmente. Pero le preocupaba. Porque a Holly le preocupaba todo el mundo.

Eran pasadas las dos de la madrugada cuando se levantó con la excusa de que iba a la cocina por un vaso con agua. Excusa que se había puesto a sí misma para no parecer demasiado entrometida.

Se encontró a Lark sentada en uno de los sofás de la sala, acompañada por la tenue luz de una lámpara y un libro abierto sobre sus rodillas. Lo curioso era que realmente no estaba leyendo, sino que parecía perdida en alguna parte de sus pensamientos. Mantenía la mirada fija en el horizonte mientras sus dedos palpaban la página escrita, como si estuviese leyendo con el tacto.

Holly se debatió un momento antes de acercarse. No quería espantarla o que pensara que estaba espiándola. Porque no lo estaba, es que simplemente quería saber si podía ayudarla de alguna forma.

Caminó hacia ella con paso lento, como si se tratara de uno de los ciervos del bosque. Esos que se espantan con facilidad.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz bajita, haciéndola salir del trance.

Lark se sobresaltó al oírla y pestañeó varias veces.

—Estoy bien —aseguró.

—¿No puedes dormir?

Lark se limitó a negar.

—Ven conmigo —dijo Holly, estirando su brazo hacia ella para que le tomara la mano.

Lark observó sus dedos con algo parecido a la desconfianza, pero Holly no la retiró. Iba a darle unos segundos más de duda.

—¿A dónde?

—A la luna —osó a hacer una broma—. Voy a prepararte mi elixir de los sueños.

—Me gusta la idea de ir a la luna —musitó Lark, finalmente, tomando su mano.

Holly sabía que no todas las personas eran fanáticas del contacto físico, mucho menos si provenía de una extraña, pero a ella no la habían criado así.

Holly nunca había aprendido a vociferar sentimientos. Se le hacía muy difícil modular palabras de afecto, así que se las había arreglado para demostrar sus sentimientos de otras formas. Formas como tomar de las manos y abrazar.

Comenzó a caminar en dirección a la cocina, al tiempo que una sonrisa sutil se expandía en su rostro. No sabía bien por qué.

—¿Sabías que en la luna no se puede silbar? —le comentó, dejando que Lark soltase su mano cuando habían llegado a la puerta de la cocina.

—¿En serio?

—Y se está alejando cada vez más de nuestro planeta. Es una tragedia, porque la luna rige muchas más cosas además de los signos zodiacales.

—¿Nos quedaremos sin luna algún día?

—Probablemente, pero aún falta mucho para eso.

Holly dejó que Lark se sentara en uno de los taburetes frente a la isla que había en medio mientras ella buscaba por ahí un jarro pequeño de metal enlozado y esa olla antigua que usaban para calentar la leche en el desayuno.

—¿Vas a cocinar? —le preguntó Lark.

—Voy a preparar mi elixir de los sueños —le explicó Holly, vertiendo un poco de leche en la vieja olla.

—¿Elixir de los sueños? —Alzó las cejas.

—Es mejor que los somníferos.

Lark sonrió.

—Suenan al nombre de un perfume.

—También huele muy bien.

Con la plática de Holly sobre la luna y otros satélites del espacio exterior, el lácteo no tardó mucho en entibiarse y, cuando estuvo listo, Holly lo sirvió en el jarro. Le agregó una cucharadita de melaza, la mezcló hasta que la leche quedó teñida de un color café muy clarito y se la entregó a Lark.

—¿Este es tu elixir de los sueños? —cuestionó ella.

—Leche tibia y una cucharada de melaza. Jamás falla —le aseguró—. Y si falla, dejaré que no me lo pagues.

Lark le ofreció una sonrisa ladina y acercó la taza a sus labios para darle un sorbo. Sus ojos empequeñecidos por la falta de sueño de repente se agrandaron.

—Bueno, me voy a dormir —dijo Holly, asumiendo que ya no tenía nada más que hacer allí. Había cumplido su misión de la noche.

En las pocas horas que Lark llevaba en el rancho, Holly se había dado cuenta de que no le gustaba mucho hablar. No quería quedarse a mirar cómo se bebía la leche si iban a estar en un silencio incómodo.

—Espera —le dijo Lark—. ¿Puedes qued...? —Por alguna razón dejó la pregunta a medias y eligió aclarar la garganta—. ¿Me cuentas más sobre la luna?

Vaya, pedirle a Holly que hablase de la luna era como pedirle a Einstein que hablase de relatividad. Tenía información suficiente para llenar el resto de la noche con datos que a nadie más que a los astrónomos les importaban realmente.

No era su culpa estar un poco muy enamorada del espacio y sus cuerpos celestes. O el haberse leído libros completos sobre astronomía.

—Por supuesto —aceptó, sin siquiera sopesarlo.

Quizás Lark no fuese su amiga más cercana, cuando estaban pequeñas habían compartido muy poco y, ciertamente, no la conocía, pero había algo dentro de su ser que le habría hecho quedarse allí toda la noche.